

campo de las ciencias y las artes, para fácilmente los golpes de los pretendidos filósofos y sabios del día, ostentando con sus luces el poderío y gloria de la Religión que, en nada enemiga de la humana razón, ni del verdadero progreso científico, consigue cada día nuevas y enaltecidas victorias.

**319. 5.<sup>a</sup> Estudio de costumbres.** Para saber el punto de apoyo de que éstas le pueden servir, y además cómo ha de manejarse, y no herir la susceptibilidad de nadie, y las formas de expresión con que deben manifestar sus conceptos, toda vez que ha de tocar tan variados asuntos, y ha de dominar tanto la forma polémica, ni para que con el fuego de la discusión acalorada no salga en formas inconvenientes que desvirtúen el fruto logrado, conviene que esté al corriente de las costumbres de la sociedad, del espíritu de su siglo, de sus tendencias, de la opinión dominante, para que negando todo aquello que no es de justicia, otorgue, conceda y simpatice con todo aquello que es justo, noble y bello, para ganarse las voluntades de todos y abrir paso á la verdad para que se apodere de sus inteligencias.

**320. 6.<sup>a</sup> Método.** Gran limpieza y claridad en el desarrollo de las pruebas; mucha mesura y urbanidad en los ataques, mucha destreza en la defensa, y en todo caridad: *In omnibus charitas*, ha dicho San Agustín. Las emociones son tranquilas, los movimientos mesurados, y siempre gravedad y dignidad en el apologista. Tenga éste presente y evite el fatal escollo de haber convertido toda la conferencia en una cuestión filosófica, olvidada la moción de afectos, los intereses de Dios y la salvación de las almas. Frayssinous, Ráulica, P. Félix, Lacordaire y P. Montsabré hicieron grandes frutos y servirán de modelo.

## LIBRO III.

### ELOCUCIÓN.

#### LECCIÓN XXVI.

##### Pensamientos.

**321.** Ya hemos llegado á la tercera parte de la Oratoria Sagrada: la *Elocución*. Es parte muy principal, porque viene á adornar y embellecer aquel edificio, cuyos materiales ya se han encontrado por medio de la *Invencción*, y se han ordenado y clasificado por medio de la *Disposición*. Sin la debida elocución, si ésta no tuviera las cualidades oportunas, quedaría en parte defraudado todo el trabajo que se ha podido tener en el acopio y disposición de materias. Quintiliano enseña en sus *Instituciones* que la *Elocución* es la parte más difícil de la obra. «Piensan los discretos, dice, que es bastante decir lo que convenga; pero decirlo con primor es propio de un varón elocuentísimo.»

**322.** En la Oratoria Sagrada la *Elocución* tiene por objeto presentar las verdades de nuestra Religión, embellecidas por la imaginación, y llenas de vida y energía por el sentimiento, para que se graben más profundamente en el alma, y arrebatan con *impetu suave* la voluntad al ejercicio de las virtudes cristianas. Es la *Estética del discurso*, podremos decir con el Sr. Rubió y Ors, «ó sea la parte en

que entra la belleza en el modo de presentar los pensamientos, ya con relación al entendimiento mismo, ya con respecto á la fantasía, y ora, en fin, relativamente al corazón, ó sea al sentimiento.»

**323.** La belleza en un discurso reviste á éste de aquel atractivo irresistible, con lo cual á manera de una llave abre y se apodera del corazón del hombre. Pues el hombre, amante naturalmente de lo bello y magnífico, no puede fácilmente resistir á aquella natural aspiración con que el mismo Criador le ha dotado, Aquel que es fuente de toda belleza, hermosura y armonía, como dice San Agustín. El orador debe necesariamente satisfacer esta natural exigencia, tan conforme á la misma naturaleza del hombre. Tenga presente que aquellos á quienes se dirige no son simplemente puras inteligencias. «En la mayor parte de los discursos, dice el P. Andrés, en su *Ensayo sobre lo bello*, nos dirigimos á hombres más sensibles que razonables, que sólo quieren oír aquello que son capaces de imaginar, y únicamente creen conocer lo que pueden sentir; que no se dejan persuadir sino con movimientos que los transporten; en una palabra, á hombres que se cansan muy pronto de todo discurso que nada diga á la imaginación y al sentimiento. La *belleza* es en su consecuencia una necesidad del discurso, porque existe en el hombre la facultad de percibirla, como existe en él la facultad de pensar; y porque todo principio de actividad supone un objeto en que emplearse, so pena de sentir una privación, un deseo no satisfecho é incapaz de serlo, y por consiguiente disgusto.»

**324.** Mas téngase presente que si es difícil dar al discurso toda su belleza, no lo es menos trasladar esta misma en el alma de los oyentes, atendidos los grandes obstáculos que se interponen á su transmisión. Porque además de que las razones han de tener su belleza, la han de tener igualmente las imágenes que les dan cuerpo y colorido; deben presentarse con un atractivo especial á la razón del hombre los *pensamientos*, á su fantasía *las imágenes*, á su corazón *los afectos*, y á su oído *las palabras*, todo lo cual constituye la belleza, la verdadera elocuencia, la dignidad y brillo del lenguaje, que interesa todas las facultades del hombre; mas

el hombre percibe todo esto por medio de los sentidos, y aquí está la gran dificultad para el orador. Saber vencer estos obstáculos de los sentidos y convertirlos en aptos y fáciles medios de transmisión de la belleza al fondo del alma de nuestros oyentes, ésta es la verdadera ciencia y arte del orador. «Siendo el hombre un compuesto de espíritu y materia, dice el Sr. Rubió y Ors en su *Manual de Elocuencia Sagrada*, la belleza no puede llegar hasta el primero sin pasar por la segunda; de suerte que la dificultad mayor del arte está, como dicen los filósofos, en llegar hasta el alma por medio de los sentidos. El artista, por consiguiente, después de haberse penetrado bien de la belleza del asunto, procura hacerla pasar con más ó menos fuerza hasta el espíritu por el oído ó la vista, según son sonidos ó palabras, piedras ó colores los materiales con que la expresa. El artista, pues, no hace más que trabajar sobre estos medios de expresión, y como estos medios son al propio tiempo un obstáculo á las misma, de ahí es que el primer cuidado y el triunfo mayor del artista será, á fuerza de paciencia y de genio, convertir ese obstáculo en medio. Ahora bien, siendo la palabra el instrumento de que el orador se vale para hacer llegar sus pensamientos hasta el alma del que le escucha, debe procurar, no solamente que éstos sean bellos, sino que sea la más expresiva, y por consiguiente, la más bella posible, la forma con que los presenta.» De donde se deduce que en todo discurso oratorio hay que considerar el pensamiento y la expresión, esto es: el *fondo* y la *forma*; y que todo pensamiento oratorio debe estar dotado de esta triple belleza: que sin faltar á la verdad y *exactitud*, se pinta con los *colores* de la imaginación, y se anima al *calor* y fuego de las pasiones; y esto es lo que añade al pensamiento *calor, animación y vida*.

**325.** Mas para dar á la palabra aquel calor, animación y vida, aquel brillo de colores, con lo cual veloz y poderosa penetra el corazón, es necesario que en nosotros tome aquel carácter especial, aquella forma que ha de imprimir; ha de pasar primeramente por nuestro corazón, por nuestra fantasía; lo diremos, ha de abrasarse; iluminarse la palabra al fuego, á la luz de aquellas pasiones que pretendemos exci-

tar en los otros; si no es así, el corazón del oyente la recibe fría; ¡ah! la imaginación del artista no ha sabido presarle sus brillantes colores, ni ha sabido calentarla al fuego de su corazón, ni sus sentimientos han sabido imprimirle movimiento, calor y vida.

326. No dudemos, pues, que existen reglas para dirigir las operaciones del alma y los sentimientos del corazón, y poder manifestarlos en su genuína y verdadera expresión, á fin de conseguir la belleza oratoria que tanto nos encanta; mas, con todo, observemos que lo que deben evitarse son los excesos de una imaginación exaltada y de un corazón ardiente, que fácilmente oprimen un juicio recto, y seduciendo á muchos con un falso aparato, los aparta del buen camino de una verdadera y sólida *elocución*. «De ahí el que veamos con harta frecuencia, dice Rubió y Ors, sacrificada en el discurso la belleza de la razón al brillo de las imágenes, al calor de los afectos, á la armonía de períodos, quizás huecos, y al ruido vano de las palabras: de ahí el que muchos, y en especial los jóvenes, visten sus discursos, pobres en ideas bellas, de un traje pomposo y pintoreado, sin echar de ver que el mismo lujo de éste sólo sirve para hacer resaltar lo vano de aquéllas, y que les sucede lo que á los pirotécnicos, quienes después de habernos deleitado con ruedas y estrellas de fuego de varios colores, nos dejan más á oscuras y deslumbrados.»

327. Los pensamientos sólidos son los que dan base á la elocuencia en sus figuras más sublimes y patéticas; que por esto San Crisóstomo compara la buena elocución que no está nutrida de sólidos pensamientos á una espada, cuya empuñadura fuese de plata y la hoja de plomo. Ellos sostienen aquellos movimientos patéticos, expresión la más viva de los sentimientos que conmueven el corazón y agitan toda el alma, y en donde verdaderamente brilla la *elocución*, mientras que ya lo *fuerte*, ya lo *tierno* conquistan el corazón, sin decidirnos del todo cuál de estos dos géneros se presenta más bello y predomina al otro.

328. El P. Andrés en su *Ensayo sobre lo bello*, dist. III, se expresa de esta manera: «Lo que naturalmente admiramos en los patéticos movimientos del discurso, según

el testimonio de la experiencia universal, es lo *fuerte* y lo *tierno*, especies de patético que son evidentemente los dos grandes móviles del corazón humano. Lo fuerte nos despierta, nos arrastra, nos obliga; lo tierno nos atrae, nos compromete, hace que nos determinemos por nosotros mismos. Lo fuerte nos subyuga, por decirlo así, por medio de las armas; lo tierno nos solicita, nos liga por medio de la inteligencia y como por capitulación. Lo fuerte entra en nuestra alma á guisa de conquistador y como por la brecha; lo tierno se presenta delante de la plaza á manera de un rey piadoso, que no tiene más que dejarse ver para hacer que le abran las puertas. No decidiremos cuál de esos dos géneros de movimientos patéticos derrama más belleza en un discurso; diremos tan sólo que acudiríamos inútilmente al arte para imprimir en ellos ese maravilloso que nos arrebató en ciertos escritores, sobre todo en los antiguos griegos y romanos. El grande, el *único arte* es saber colocarse en las situaciones de ánimo y de corazón que los da á luz, por decirlo así, sin dolor y sin esfuerzo. No siendo de esta suerte, los movimientos más llenos de figuras no serían á nuestros ojos más que convulsiones de retóricos, que nos helarían en vez de inflamarnos; gestos de comediantes, que nos harían reír, ó arrebatos de energúmenos, que nos horrorizarían. En una palabra, deben nacer, como hemos indicado, de cierto transporte del alma, al que se da los nombres de fuego, entusiasmo, favor divino, sin el cual, dicen los maestros del arte, no hubo jamás ni verdadera elocuencia ni verdadera poesía.»

329. De donde resulta, que el saber escoger aquellas palabras convenientes para agradar, y manifestar con propiedad las ideas concebidas en nuestra mente, y los sentimientos que se han apoderado de nuestro corazón, forma verdaderamente aquella verdadera y bella elocución que nos hace transmitir nuestros afectos é ideas á los demás. Los pensamientos son el fondo del discurso, y la elocución les da vida, alma, gracia y vigor, que constituyen su hermoso aparato y belleza, uno de sus grandes atractivos: la parte estética del discurso, aquella que, quitándole toda su aridez y crudeza, le reviste de aquellas formas adecuadas que lle-

nan las nobles aspiraciones del hombre dotado de inteligencia, corazón y sentimiento.

**330.** Dos partes esenciales comprende la *elocución*: *dicción* y *estilo*. La *dicción* consiste en la elección de palabras con relación á la corrección gramatical; y el *estilo* en cuanto á la manera de expresar estas palabras ó escribirlas. Viene á ser, pues, la *elocución* como un vestido con que se presentan nuestras ideas ó pensamientos á los otros, y de aquí es que el predicador á lo que más ha de atender es á los pensamientos, y después á la expresión de éstos de una manera digna y propia de ellos; pues de lo contrario, la elocución careciendo de fondo resultaría una vana declamación; falso brillo de un maniquí adornado que no tiene vida. ¿Qué utilidad puede resultar, exclama San Crisóstomo, de las palabras externas, si el entendimiento está vacío de pensamientos? *Que vero externis ex sermone disciplina utilitas cum mens sensu sit vacua?*

**331.** Se ha dicho por un grande personaje que hoy mucho se habla, y pocos son los hombres de grandes ó nuevos pensamientos, y esto hace que muchos discursos sean sin substancia y sin vigor. Y esto relativamente es verdad. Siendo los pensamientos la imagen de alguna cosa, conviene fijarnos detenidamente en la materia, para hacer bien esta pintura, y todos en ella reconozcan como en un cuadro la idea ó sentimiento que nos domina y que expresamos con la palabra, y de esta consideración resultarán los caracteres que ha de tener el pensamiento, que son: **Verdad**, que representa la cosa tal cual es. **Exactitud**, lo justo y exacto, representa la imagen ni más ni menos. **Claridad**, que se ve sin sombras, separado y distinto de los objetos que le rodean.

**332.** Los pensamientos toman diferentes nombres, según ciertos caracteres y señales particulares que entre sí los distinguen: 1.º Se llama pensamiento **sencillo** ó **natural**, cuando se presenta sin ningún estudio ni artificio, de tal manera que su misma naturalidad lo reviste de cierta franqueza razonable.

2.º **Finos**. No representan sino la mitad del objeto, y dejan que lo demás fácilmente se comprenda; es una fina ironía, es una sutileza, es una alusión que sin gran dificultad deja ver á donde llega.

3.º **Delicados**. Que parecen ocultar parte del sentido, á fin de que se adivine, ó lo dejan sólo entrever, para darnos el placer de hallarlo.

4.º **Graciosos**. Los que nos deleitan por razón de algún donaire y primor, ya de alguna figura, ya del mismo orador, sin que podamos precisamente atinar el por qué de aquel gusto que en oírlo encontramos.

5.º **Vivos**. Nos hacen ver el objeto en un instante de un modo imprevisto y con toda claridad, cual la luz del relámpago alumbraba subitáneamente los espacios en la obscuridad de la noche.

6.º **Atrevidos**. Los que por la sorpresa de los rasgos y colores extraordinarios despiertan la atención notablemente, como á cosa no común ni por lo regular esperada.

7.º **Fuertes**. Que causan profundas impresiones en el alma, porque encierran en sí un gran sentido, ó pintan los movimientos ó afectos de una violenta pasión, cuya impresión difícilmente se borra.

8.º **Sublimes**. Que llenos de gran sentido, en pocas palabras y grande viveza manifiestan cosas grandiosas y magníficas.

9.º **Grandes**. Cuando diciendo una cosa nos hace descubrir de una vez otras muchas que sólo hubiéramos podido conseguir después de muchos afanes.

10.º **Nuevos**. Los que entrelazando ciertas palabras que jamás habíamos visto juntas, sorprenden al oyente, y áun le causan admiración.

**333.** Un escritor ha dicho: «Los incrédulos sus razones tendrán para temer el infierno, como razón tienen otros para temer la policía.» Aquí tenemos un pensamiento que con toda *finura* nos hace comprender perfectamente el por qué no les conviene creer á los incrédulos.

**334.** Quiere probar el P. Lacordaire que el racionalismo no tiene verdadera caridad, y dice: «No diré sino una palabra del racionalismo sobre la cuestión que nos ocupa: jamás he oído decir que un racionalista haya recibido bastonazos en la Cochinchina. Esos espíritus son demasiado corteses y demasiado ingeniosos para aventurarse á tal clase de gloria en provecho de la verdad. Siempre, pues,

habrá tiempo de ocuparse de ellos en la próxima plaza vacante de la Academia. Demasiado bien educados somos nosotros para ofrecerles otra cosa sino una rama de laurel, y ellos sin disputa la merecen.» Aquí se ven una multitud de pensamientos, que por su finura, delicadeza y gracia llaman la atención y agradan.

335. No hay más que seguir los escritos de hombres que han brillado en las letras y en el púlpito para encontrar grandes y notables pensamientos de todas clases y formas, de los cuales muchos de ellos han pasado á sentencias y axiomas clásicos. La Sagrada Escritura nos proporciona, en sus admirables páginas, esa infinita variedad de caracteres en los pensamientos, desde el más sencillo y natural hasta el más sublime y majestuoso; allí se encuentran pensamientos grandes, fuertes, que, bañados de vivísima luz en las profundidades de su doctrina, van formulados en poquísimas palabras.

336. Los buenos y vigorosos pensamientos dan alma y vida á la elocución, son la base y el sostén de la palabra; mas para adquirir sólidos, fuertes, delicados, grandes y sublimes pensamientos sólo lo conseguiremos por medio de la reflexión, del estudio y de la meditación. No olvidemos el juicio ya formado hoy sobre muchos discursos y áun sagrados, en los cuales hay mucha palabrería y *no hay pensamientos*. Que esto se diga de un discurso profano, menos mal, pero que esto se observe y se critique en el orador sagrado, en el ministro de Dios, que tiene á su disposición las Santas Escrituras, los Santos Padres, que tiene un estudio del corazón humano, que ante sus ojos presentes están las miserias de la humanidad, que por su elevado carácter está entre Dios y los hombres, esto sí que es sensible en gran manera, pues además que retrae á muchísimos de oír la divina palabra, en nada honra el ministerio de aquel que, á vista de tan caros intereses y de objetos tan grandiosos, no sabe encontrar dignos pensamientos para el fondo de su instrucción. Hoy todo marcha con la velocidad del vapor, se ha dicho; los estudios serios tienen muy pocos amigos; hay mucha superficialidad en los estudios, esta es una queja bastante general; y en medio de esta agitación,

de este continuo movimiento, de este revuelto torbellino de ideas, de pasiones y de encontrados sentimientos, la reflexión, la calma, que tanto se necesitan para profundizar las materias, están poco menos que desterradas del mundo, y ¿no podríamos decir que todo esto es la causa porque encontramos en los escritos tantos artículos de fondo sin fondo, y en los artículos tantos de ellos *sin pensamientos*? El ministro de Dios evite, pues, este terrible escollo, y, amante de los estudios serios y de la santa meditación, dé nervio á sus sagrados discursos con sólidos y vivos pensamientos, y entonces la *elocución* tendrá su objeto y apoyo para desplegar su brillante ropaje con que reviste los *pensamientos*.

## LECCIÓN XXVII.

### Dicción oratoria.

337. Desde el momento que un pensamiento ó un sentimiento que nos domina queremos participarlo á otros con su fuerza, con todos sus colores y caracteres, preciso es que nos fijemos con cuidado en su medio de expresión, que es la palabra, para elegir aquellas más propias y adecuadas á lo que queremos manifestar, atendiendo al orden gramatical y pureza del idioma, y esto forma propiamente lo que se llama *dicción oratoria*. Pero de tal manera hemos de atender á esa dicción oratoria, que no debemos hacernos esclavos de las palabras, sino que éstas han de estar á nuestro servicio, dice San Agustín; pues lo principal son los pensamientos: *Nec doctor verbis seruiat, sed verba doctori*.

338. «Es frecuente, dice el Sr. Martínez Sanz, oír á algunos que entienden las cosas, pero no saben explicarlas, lo cual suele ser una ilusión de su amor propio: la verdad es que muchos no saben explicarse porque nada tienen que explicar, como que carecen de pensamiento; cuando el espí-

ritu está nutrido de ideas, las palabras se presentan como espontáneamente, aunque no siempre sean tan perspicuas como quisiéramos. ¿Faltaron acaso á los Santos Padres para exponer con claridad profundísimos pensamientos al ocuparse en la predicación de las más altas verdades del Cristianismo? Nó por cierto: lejos de ello, enriquecieron el lenguaje. ¿Quién fué más profundo y más claro á la vez, á pesar de la rudeza de su siglo, que el angélico Doctor Santo Tomás? Procure ante todas cosas el orador, no nos cuesta repetirlo, meditar bien la materia, y entonces no tema en manera alguna que le falte la expresión.»

**339.** Si bien es verdad que en los grandes movimientos de nuestra alma, en medio de una pasión exaltada, en la explosión de un sentimiento que nos domina, las palabras espontáneas que se ofrecen y las menos buscadas y más sencillas son las que hacen más impresión por su energía y propiedad, como lo nota Maury, sin embargo, no siempre se presentan todas las palabras adecuadas según nuestras ideas y sentimientos, por muchísimas razones, y entonces la palabra, quedando endeble y desvirtuada y muy lejos de su objeto, no llega á cumplir su misión. «Me gusta, decía Montaigne, que las palabras vayan así á donde va el pensamiento.» Y esas palabras reunidas y ordenadas forman el discurso oral y el lenguaje escrito. Sus elementos constitutivos son: la *oración*, el *periodo* y el *discurso*. Y aquí entra la subdivisión de miembros, incisos, oraciones incidentales, etc., todo lo cual forma tal armonía y limpieza de dicción, que hace que el pensamiento se presente en toda su propiedad, elegancia y hermosura, con toda su soltura y energía. El orador sagrado ha de tener un conocimiento cabal del idioma en que ha de hablar, debe mucho procurar que en sus palabras haya la *pureza*, *propiedad*, *claridad* y *harmonía*, pues sin estas cualidades necesarias jamás poseería el arte de bien hablar, ni mucho menos de formar un discurso oratorio.

**340.** 1.º **La pureza**, consiste en usar palabras verdaderamente castellanas, con exclusión de las de otro idioma: evitando el *arcaísmo*, ó uso de palabras anticuadas; el *barbarismo*, el uso de extranjerías; el *neologismo*, el uso de las

de nueva creación: sobre estas últimas ha dicho un escritor que su uso es hoy el vicio más común. Llámense, pues, *puras*, exentas de vicio, las que se conforman con el uso de buenos autores, y de las personas que conocen perfectamente el idioma; éstas son las palabras que llamamos *castizas*. Pero como observa Capmany: «No hemos de confundir la *pureza* de lenguaje con el *purismo*, afectación minuciosa que estrecha y aprisiona el ingenio. Todos los *puristas* son ordinariamente frios, secos y descarnados en sus escritos.» Y el Sr. Coll y Vehí en su *Compendio de Retórica y Poética*, dice que «el *purismo* es un extremo vicioso; el vicio de los que afectan nimiamente la pureza del lenguaje, enervando el estilo á fuerza de querer depurar la dicción, y privándole de naturalidad, calor y movimiento.» Mientras procuramos la *pureza* del lenguaje, formándonos en buenos autores y diccionarios, no extingamos el fuego y animación del lenguaje, porque siempre es preferible faltar algún tanto á la gramática que á la elocuencia.

**341.** 2.º **Propiedad:** consiste en la elección de palabras que expresan toda y no más la idea que se quiere declarar. La palabra puede ser castiza y no propia. Un monarca de España decía de un predicador: «Para cada cosa sólo tiene un nombre, pero es el propio.»

**342.** 3.º **Claridad.** Que todos nos entiendan: evitando la ambigüedad, y hojarasca de voces huecas, con las cuales algunos se apartan del uso común de hablar, dejándose llevar de ciertos fantásticos relumbrones; mientras que otros por la brevedad quitan las palabras necesarias. «¿De qué sirve la pureza del lenguaje, si lo que hablamos no lo entienden aquellos á quienes hablamos para que nos entiendan?» se exclama San Agustín. Si las palabras son claras, todo el mundo nos entiende, que este fin ha de tener el predicador al subir al púlpito; pero si no hay *claridad* la gente se queda á oscuras, entendiendo poco ó nada del sermón, sin sacar gran cosa de provecho. Para llenar las propiedades de la palabra tenemos nosotros en la hermosa habla castellana los clásicos españoles, autores notables por la pureza del idioma, sobre todo en el siglo XVI, llamado con razón la Edad de oro de nuestra literatura. ¿Qué orador sagrado

podrá olvidar las obras del P. Granada, Fr. Luís de León, Santa Teresa y tantas obras ascéticas de escritores de primer orden que florecieron en la literatura española, las cuales si son notables por el fondo de doctrina que contienen, no lo son menos por su palabra castiza, por la hermosura del lenguaje, por la dulzura y elocuencia del estilo, por la riqueza de imágenes y comparaciones, y en una palabra, por la fluidez y espontaneidad que ofrecen tales escritos? El predicador ganará mucho para adquirir riqueza de frases, profundos y cristianos conceptos si se dedica á tales obras; y luego aquella encantadora *harmonía*, para la cual tanto se presta la magnífica habla castellana. Mas de esta *harmonía* hablaremos al tratar del *estilo*.

## LECCIÓN XXVIII.

### Estilo en general.

343. Si las palabras forman la *dicción*, la manera de expresarlas forma el *estilo*; por lo que se ve cuánto se distinguen el uno de la otra. Pues las palabras podrán ser correctas, ajustadas á las prescripciones de la gramática, claras y propias, y sin embargo, el *estilo* puede ser débil, vicioso y afectado. De donde se ve que la *dicción* no participa del genio del escritor, en tanto que su *estilo* refleja su manera de ver y sentir; aquélla es relativa á la composición y mecanismo de las partes del discurso, el *estilo* se refiere al ingenio y talento del predicador. El estilo es, según San Basilio y San Agustín, como una pintura y retrato del alma, como un espejo, en donde aquélla refleja una especie de semblante ó fisonomía del espíritu. El primero compara también el estilo á un riachuelo, cuyas aguas manifiestan su origen y procedencia; así, dice el Santo, la naturaleza del discurso descubre y manifiesta el pecho de donde brota, lo pinta con sus colores: *Nam aquarum rivulus fontem*

*suum indicat: sermonis autem natura pectus, unde emanavit, depingit ac designat.* Y así siendo tan diferentes los genios, gustos, talentos é inclinaciones de los hombres, diferentes han de ser sus estilos; puesto que éstos son la fisonomía interior, que es tan varia entre ellos como la exterior; por lo que el estilo caracteriza los discursos y los escritos de las personas, dándoles aquel semblante y color especial que convierte las ideas y expresión en obra propia suya, adornándoles de una singular belleza. Todo orador está obligado á formarse estilo propio, si quiere arrebatar los lauros de la elocuencia; precaviéndose del engaño de muchos, que arrebatando por aquí y por allá de otros autores antiguos ó modernos unas cuantas frases nuevas, algunos giros estudiados, algunas flores retóricas que tal vez marchitan en sus manos, se privan de su propio estilo y cortan por intervalos la sucesión continua de su expresión genuína, de sus naturales giros, que tanto gustan al auditorio, privándoles con esto de tan justa satisfacción para su corazón é inteligencia, y á sí mismos de su estilo propio, que tan distinguido puesto alcanza en la elocuencia. Jamás olvidemos esto: vale más ser mediano en un género y estilo propio, que copia desfigurada de un modelo excelente. En cosa tan importante tengamos siquiera presentes las siguientes condiciones que ha de tener el estilo:

344. 1.<sup>a</sup> **Orden.** Consiste en aquella disposición y relación que han de guardar entre sí los pensamientos, las frases, las imágenes y las cláusulas, estando cada cosa en el lugar que le corresponde, ni con anticipación, ni postergada, para que la perfecta y ordenada distribución de las partes forme un todo agradable y bello; así como vemos que resalta el universo por el orden admirable que en él reina hasta su menor detalle.

345. 2.<sup>a</sup> **Claridad.** Derramar luz sobre las cosas ya ordenadas, esclareciendo la proposición, los conceptos y cuanto hemos de decir para que todos nos entiendan. Sin meditar el asunto, sin poseerlo perfectamente, es poco menos que imposible la claridad, antes bien sale muy oscuro. Porque ¿cómo podrá hablar con claridad el orador de aquello que no entiende? Esta *claridad* que acompaña al orden da gran